

Identidades en Navarra.

Una aproximación sociológica

Peio Ayerdi

Es una suerte que las identidades del tipo «Identidad navarrista» o «Identidad vasquista» sean relativamente estables y estén arraigadas en la Comunidad Foral de Navarra. Ello nos da una oportunidad para confirmar, una vez más, la plena actualidad sociológica de las identidades en sociedades avanzadas como la nuestra, en la que han acontecido transformaciones importantes. Con todo y a pesar de tantos cambios, nos encontramos ante una sociedad localista con rasgos propios o, si se me permite decirlo, “nativistas”. Con geografías humanas muy diversas, pero donde las costumbres y las tradiciones no acaban de ser apartadas por los medios de comunicación electrónicos y aún gozan de importante confianza social. Muchos cambios sí y de todo tipo, pero la identificación con la *propia* tierra no decae. Y el sentimiento de *navarritad*, en sus, como veremos, dos representaciones colectivas, está ampliamente extendido.

Más allá de navarristas y vasquistas nadie bien informado negará que lo que comparten ambas identidades es su identificación con Navarra. Por eso parecen especialmente excluyentes y hasta integristas todas esas afirmaciones que sostienen que los navarros “vasquistas” son víctimas de un gran error cognitivo, consecuencia evidente de la perversa manipulación del nacionalismo vasco. En estas desquencias no sin frecuencia se presenta a la identidad vasco-navarra, como manufacturada, como unos navarros desnaturalizados, increíbles y extravagantes, inauténticos por vocación, gente inadaptada de la auténtica y genuina navarritad, algo absurdo en sí y por sí mismo: ¡el puro disparate antinavarro!

Antes de nada, confirmar una realidad, y es que no pocos de los elementos de la identidad navarra sufren una bifurcación o se plasman en divisiones sociales. También hay que hacer constar que estos dos grupos identitarios no son simétricos cuantitativamente hablando ni tampoco estáticos en el tiempo. Eso no quita para que en algunos casos, como veremos más adelante, la coincidencia sea importante. Y a esto también debemos prestar atención.

Toda comunidad imaginada se teje con una serie de hechos sociales que representan a la propia comunidad. Estos elementos son de tipo simbólico, es decir, suponen denotaciones y connotaciones. Por su parte, el reconocimiento de éstas funciona como fuente de legitimidad e integración al grupo de pertenencia. Aquí se analizan nueve elementos identitarios.

ELEMENTOS Y DISPOSICIONES DE LAS DOS IDENTIDADES NAVARRAS

	GRUPO IDENTITARIO NAVARRISTA	GRUPO IDENTITARIO VASQUISTA
Fueros:	Historia e instituciones públicas diferenciadas.	Historia e instituciones públicas diferenciadas.
Navarra:	Una región española.	Una región vasca.
Euskera:	Una peculiaridad de Navarra, entre otras.	La Lingua Navarrorum.
Maneras de ser:	La Javierada, Sanfermines y Osasuna.	Folklore, Sanfermines y Osasuna.
Vínculos con la CAPV:	Un buen día de playa y restaurantes.	Relaciones de más densidad social.
Ser navarro:	Orgullo de ser navarros (Nosotros) frente a ser vascos (Ellos).	Orgullo de ser navarros (Nosotros) y también vascos (Nosotros).
Antiguo Reino:	Hecho histórico diferencial de la fundación de España.	Reino conquistado, dominado y desnabarrizado.
Euskal Herria:	La desaparición de Navarra (de España).	Pertenencia simbólica pero real en sus consecuencias.
“Ser vasco”:	Nacer en la CAPV.	Querer ser.

El primer elemento que vamos a comentar es el de *los Fueros*, entendidos éstos como una historia y unas instituciones públicas diferenciadas con unas leyes y competencias propias que se configura como una especie de “soberanía parcial”. Aquí el apego de los dos sentimientos de pertenencia es relativamente homogéneo. Con todo, no estamos hablando de interpretaciones similares del hecho foral y aún menos de las consecuencias que de ello se derivan. Eso sí, estamos ante un punto de interés y de encuentro que no deberíamos nunca desconsiderar pues se configura como un espacio relativamente incluyente, negociado o de consenso.

El hecho diferencial navarro existe realmente y los dos grupos identitarios lo reconocen: unos en muchísima mayor medida claro está, y otros en menor medida, pero no hasta el punto de negar la particularidad navarra. En cambio, la consideración de Navarra como una nación no es un hecho social suficientemente cierto.

unos en muchísima mayor medida claro está, y otros en menor medida, pero no hasta el punto de negar la particularidad navarra. En cambio, la consideración de Navarra como una nación no es un hecho social suficientemente cierto.

Pero sigamos con nuestro análisis y ahora nos referiremos al *Euskera* como un elemento simbólico que se contempla en ambos grupos identitarios; si bien a veces el valor otorgado es más bien alterno e invertido. El sentimiento identitario vasco-navarro y el amor al euskera están íntimamente unidos. Para el otro grupo, en cambio, el euskera no es más que una singularidad de Navarra, entre otras; que por supuesto no es ni su principal peculiaridad ni

tampoco la de toda la mayoría de Navarra. Aquí los desencuentros son importantes.

Seguidamente tenemos la consideración de *Navarra como región* pero con un rasgo definitivo. Lo que para unos es una región española para otros es una región vasca. Todos, en algún grado, reconocen que la Navarra del siglo XXI a pesar de ser heterogénea, no es perfectamente similar respecto a los espacios que la rodean: es distintiva. El hecho diferencial navarro existe realmente y los dos grupos identitarios lo reconocen:

Lo que para unos es un rasgo de singularidad, para otros es la lengua de los navarros. Estos últimos consideran al euskera un elemento decisivo de su identidad (“sin euskera no hay identidad vasca” dicen) y entienden que se le debe dar un valor público prominente. Para los portadores del

sentimiento de pertenencia navarrista el *vascuence*, término con el que este grupo connota toda una disposición, es un asunto de muy complicada gestión pública. No pocas veces visto desde la desconfianza y como algo problemático de por sí. Algunas veces incluso, simplemente como la “gran impostura del nacionalismo vasco en Navarra”. Puestas las cosas así, donde

unos postulan la defensa y el desarrollo de una de las lenguas de la comunidad, para los otros esto mismo supone un déficit de equidad y una fuente de problemas totalmente incontrolables que conviene doblegar como a las amenazas de las catástrofes naturales. Sin embargo, sabemos que muchas de las prácticas públicas que se derivan de esta mentalidad tan restrictiva no significan más igualdad, sino al contrario, más desigualdad en las oportunidades civiles de los individuos de los dos grupos identitarios.

En síntesis, el euskera como elemento simbólico se percibe con diferente valoración por uno u otro grupo y esto quizá tenga que ver con la gran importancia que justamente tiene para uno de los grupos en competencia. El otro grupo, el navarrismo, suele percibir al euskera desde la mirada de la inquietud y el desdén, quizá porque es muy consciente de que está ante un elemento decisivo para la pertenencia y pervivencia del otro grupo identitario. Algunas veces me pregunto si no habrá también un sentimiento equiparable al de los celos, por disfrutar el grupo vasco-navarro de un elemento de identidad tan definitivo, mientras que los navarristas, a pesar de su gran tenacidad e influencia, no acaban de dar con una idea con tanta fuerza como es el euskera para la identidad vasca. Puestas las cosas así, no es difícil que el euskera para los ingenieros culturales navarristas se convierta no en un elemento de identidad sino en un anti-elemento de identidad, que funciona como fotocopia en negativo. O lo que es lo mismo, en vez de una querencia, una desquerencia.

Otra disposición electiva de estos dos grupos identitarios gira en torno a las *Maneras de ser de los navarros*. En ese sentido, el valor a la palabra dada, la franqueza y la lealtad son estimaciones compartidas por ambas identidades. Me estoy refiriendo a una mentalidad ‘imaginada’ de cómo son los navarros, de cómo nos ven y de cómo nos vemos a nosotros mismos. Una jota navarra lo dice

así: “La jota tiene que ser, lo mismo que el buen navarro, sincera y corta en palabras, temperamental y al grano”. Cierto o no cierto, así se escribe.

Aquí se apuntan cuatro elementos emblemáticos de pertenencia a esas maneras de ser de los navarros: la Javierada/el folklore, los Sanfermines y Osasuna. No vamos a entrar en la descripción de la lógica y las prácticas de cada uno de estos elementos. Pero sí confirmar que existen amplias zonas de acuerdo entre los dos sentimientos de pertenencia. Los dos últimos (Sanfermines y Osasuna) son los más compartidos y a la postre los mejor negociados, pero nunca totalmente similares entre sí.

El valor a la palabra dada, la franqueza y la lealtad son estimaciones compartidas por ambas identidades.

También nuestras identidades navarras rivalizan en Sanfermines.

Al hablar de los Sanfermines apuntamos a un ‘tiempo de fiesta’ donde nos presentamos al mundo tal como somos (o creemos ser) y nuestras maneras de ver las cosas. De hecho más bien son un inventario de tradiciones (viejas y nuevas) desplegadas a lo largo de 204 horas de fiesta. No importa el momento en el que te introduzcas en ella; siempre encuentras diversión y armonía social. El éxito radica en tratar de reproducir una fiesta siempre fiel a sí misma y fiel a cómo nos vemos los navarros a nosotros mismos. Si a una persona (esperemos que no sea un fundamentalista islámico) se le ocurriera aparecer por la Vieja Iruña del 6 al 14 de julio, se encontraría con miles de personas vestidas de blanco y rojo, haciendo gala de su navaridad. Lo cierto es que también nuestras identidades navarras rivalizan en Sanfermines. Unos buenos escenarios para comprobar esto son, el txupinazo, la plaza de toros de Pamplona o la procesión en honor a San Fermín. Da la sensación de que los que más *sentido* encuentran a los sanfermines son los navarristas y los vasquistas. Con todo, hay zonas y ambientes concretos identificados para ambas colectividades.

También hay zonas más mixtas, sobre todo por las mañanas. Eso no quita para que también nos encontremos con desencuentros, sobre todo en la actitud más o menos crítica respecto a algunos actos institucionales donde la bandera de la identidad vasca, la ikurriña, si bien un día estuvo presente (1979-1983) ahora no lo está, ni parece que lo vaya a estar en el futuro inmediato. Esto no es fácil de olvidar por parte del grupo vasco, que no se siente representado en el capítulo de los símbolos. ¿Por qué cuesta tanto entender esta nostalgia de pérdida de poder civil por parte del sector navarrista?

El otro elemento compartido es Osasuna. Los clubs de fútbol representan sentimientos de ciudades, de regiones y hasta sentimientos nacionales. Sintetizan la identidad de pertenencia a un grupo. O lo que es lo mismo, constituyen totems grupales. A primera vista, existe unanimidad en torno a la consideración de Osasuna. Pero dentro del club navarro también hay controversias que se plasman, por ejemplo, en las discusiones osasunistas sobre si sus jugadores pueden formar parte de una selección navarra o una selección vasca. La misma promoción de un jugador de Osasuna se interpreta de manera diferente si es fichado de fuera por el Real Madrid o por el Athletic de Bilbao. En síntesis diremos, que a pesar de que estamos ante un elemento compartido por ambos grupos identitarios, también es verdad que en determinados contextos el control del primer club navarro se convierte en algo estratégico por su fuerte carga de representatividad simbólica.

Parece significativo considerar aquí también las *Relaciones con la CAPV*, entre otras cosas porque es la comunidad vecina de Navarra con la que se tienen más vínculos y relaciones. Bien es verdad, como todo el mundo sabe, que los perfiles de esas relaciones son muy diferentes. Los del grupo identitario navarrista agradecen la oportunidad de viajar y disfrutar de lo que para ellos sí que es el País Vasco; pero sus relaciones

no van mucho más allá de, si me permiten simplificar las cosas, “un buen día de playa y restaurantes”. El otro grupo por el contrario, asumiendo el gran valor lúdico de lo anterior, va más allá en el sentido de que tienen y quieren más relaciones con las gentes de la comunidad vecina dentro de una identidad nacional compartida.

Dicho de otra forma, relaciones tienen los dos grupos, pero las del grupo vasco-navarro tienen mayor magnitud y, lo que es más importante, tienen más densidad social. Esto lo podemos comprobar en el mayor grado de parentesco y de encuentros de amistad mantenido por este grupo. Esto es así no sólo por la mayor cercanía geográfica sino por las distintas disposiciones electivas o querencias según grupo de pertenencia.

El siguiente elemento que aquí proponemos, apunta a ese sentimiento quizá un poco difuso pero real de *Sentirse navarros y estar orgullosos de serlo*. Aquí podemos decir que los navarristas se sienten en primer lugar muy orgullosos de ser navarros. Pero hay algo que es definitivo y es que ese “nosotros los navarros” no se entretiene con la pertenencia a la

identidad vasca. Este hecho social es tan cierto como real y, vayamos por donde vayamos, insoslayable; nadie que esté bien informado debería de desconsiderarlo, si quiere tratar esta cuestión de manera realista y objetiva. La controversia surge cuando ese sentimiento de orgullo de ser navarros (*Nosotros, los navarros y españoles*) se equipara y apoya en el hecho de no ser vascos (*Nosotros los navarros, frente a Ellos los vascos, no españoles*). En cambio, las personas con sentimiento de pertenencia vasquista, aún considerándose sumamente orgullosas de ser navarros, lo están igualmente *también* de ser vascos.

Claro está que aquí de nuevo se nos presenta un escollo insalvable. Si unos entretienen su

Los navarristas se sienten en primer lugar muy orgullosos de ser navarros. Pero hay algo que es definitivo y es que ese “nosotros los navarros” no se entretiene con la pertenencia a la identidad vasca.

Las personas con sentimiento de pertenencia vasquista, aún considerándose sumamente orgullosas de ser navarros, lo están igualmente *también* de ser vascos.

navaridad con el hecho no-ser vascos y otros la entretejen siendo también vascos, no es difícil que surjan las bases para que se configuren los más cerrados y restrictivos círculos donde la confianza y la lealtad se debilitan extraordinariamente con relaciones de máximo desafío en un juego de sumacero. Donde se hace cierto el lema de “lo que es bueno para ti, siempre es malo para mí y al revés, lo que a ti te perjudica, a mí me fortalece”. Cuando esto ocurre, cuando las relaciones se problematizan de tal modo, los dos grupos identitarios antes o después salen afectados, pero muchísimo más el minoritario, entre otras cosas porque despliega y disfruta de mucha menos influencia y poder social.

Hay que considerar también la referencia a *Navarra como Antiguo Reino*. Más allá de la historia y la metahistoria, lo cierto es que ambos grupos de pertenencia aluden a la significación de este hecho socio-histórico. Esto nos puede llevar a pensar que estamos ante un punto de encuentro entre los dos grupos identitarios. Sin embargo, una vez más, nos encontramos con dispares interpretaciones y lecturas sobre las consecuencias de lo ocurrido pronto hará cinco siglos. Sin profundizar en este sugestivo asunto, lo cierto es que mientras unos lo consideran como un hecho histórico diferencial de la fundación de España, para otros su resultado es un reino conquistado, dominado y desnabarrizado. Sobre este asunto el debate permanecerá abierto durante mucho tiempo, pero mi versión sociológica es que quizá no sea tan acertado considerar que las presentes realidades sociales deban compadecer ante la Historia de una forma tan obligada. Esto es así porque las actuales estructuras sociales, políticas y culturales son muy diferentes a las de entonces. Y en el caso que nos ocupa, las identidades navarras de nuestros días, éstas poco tienen que ver con un pasado tan distante.

A pesar de todo, resulta significativo el hecho de que no poca gente desde ambos grupos de identidad admita que todo este nudo identitario “se hubiera resuelto mejor” (dicen) si en vez de hablar de *Euskal Herria* se hablara de Navarra. ¿Cómo? Echando una mano a la entrañable, pero también perfectamente abstracta por irreal, inversión de jerarquía: Navarra como ente superior que abarcaría a todo el País Vasco. Esto, desde el punto de vista

No poca gente desde ambos grupos de identidad admite que todo este nudo identitario “se hubiera resuelto mejor” (dicen) si en vez de hablar de *Euskal Herria* se hablara de Navarra. ¿Cómo? Echando una mano a la entrañable, pero también perfectamente abstracta por irreal, inversión de jerarquía: Navarra como ente superior que abarcaría a todo el País Vasco.

sociológico, no deja de ser un guiño amable para el buen ambiente del mundo relacional. Algo que también lo podemos ver reflejado en los tan influyentes como parciales chistes del dibujante humorista Oroz en el Diario de Navarra. Todo un artefacto imaginario sin mucho compromiso y sin efectos sociopolíticos significativos. O lo que es lo mismo, un impecable limbo social.

Resulta obligada una referencia a la idea de *Euskal Herria*. Hemos ya comentado la paradoja que se nos presenta cuando para unos Navarra es una región española, y para otros, una región vasca: a este respecto

existe una diferenciación terminante. Así, cuando se les pregunta a los navarros sobre los territorios que definen mejor a *Euskal Herria* o País Vasco, rápidamente aparece la escisión de espacios geográficos según grupos de identidad. Lo que para unos son las 7 provincias, para otros se limita a la Comunidad Autónoma Vasca. Y además en proporciones casi recíprocas. Ésta es otra gran controversia perfectamente coherente con el sentimiento de pertenencia al grupo de cada cual. Un hecho social con el que de una manera o de otra siempre deberemos hacer las cuentas.

Concretando un poco más podemos afirmar que para el grupo identitario principalmente navarro y navarro-español sólo la idea de *Euskal Herria* supone nada menos que la desaparición de Navarra. Para el grupo vasquista su pertenencia a *Euskal Herria* es sobre todo simbólica y difusa, pero también real en sus consecuencias. Estamos hablando de algo que nunca ha llegado a cristalizar o, lo que es lo mismo, no se ha institucionalizado; que es como decir que no acaba de ser totalmente cierto aquí y ahora en su forma más acabada. En general, la idea de *Euskal Herria* en Navarra se ve más como

La idea de *Euskal Herria* en Navarra se ve más como un símbolo que como un proyecto realmente plausible bajo la misma estructura administrativa.

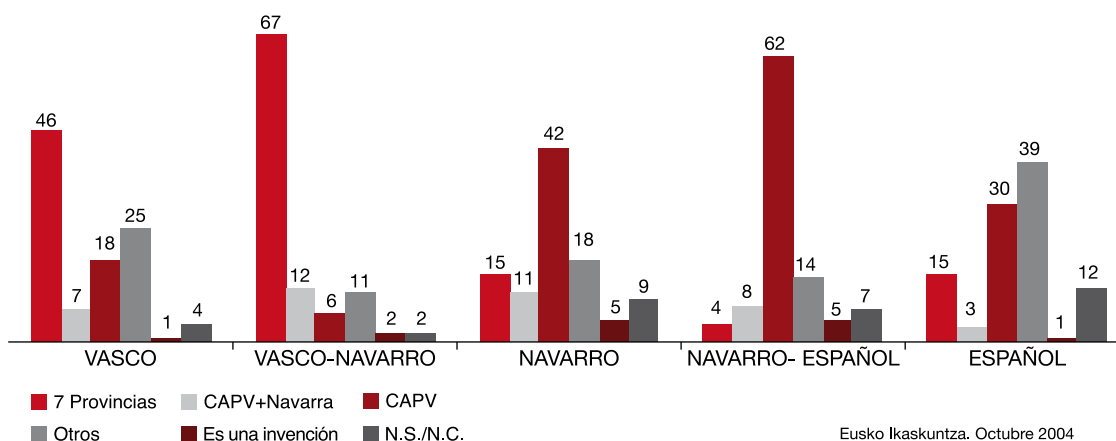
un símbolo que como un proyecto realmente plausible bajo la misma estructura administrativa. Con todo, en el imaginario colectivo del grupo identitario vasco sí que se recoge si no tanto la idea de una *Euskal Herria efectiva* sí la idea de una *Euskal Herria posible* y esto es real en sus consecuencias. Una de ellas es la referencia a un proyecto compartido de soberanía. Y otra consecuencia sería compartir un marco cultural, histórico, lingüístico propio. Para el grupo identitario navarrista, en cambio, la noción de *Euskal Herria* está muy asociada con la ideología e incluso con lo que ellos consideran una impostura de identidades y por eso garantizan que supone nada menos que la desaparición de Navarra.

El último elemento elegido se refiere a las “condiciones” otorgadas al hecho de *Ser vasco*. Este componente quizá sea uno de los más reveladores a la hora de analizar la relación entre estos dos grupos identitarios. Observando el siguiente gráfico llama poderosamente la atención las dicotómicas condiciones asociadas al hecho de considerarse vasco. El grupo de identidad vasca lo refiere con el hecho de “querer ser”. El grupo navarrista, en cambio, no acaba de admitir del todo este hecho y curiosamente no lo establece como condición suficiente y considera que para ser vasco es necesario nacer en el País Vasco.

Para el caso de que Navarra no se considere País Vasco, esto supone ni más ni menos que una seria restricción a la existencia del grupo vasco-navarro. Y es que para los vasquistas navarros ese sentimiento de ser vasco tiene que ver con sus antecedentes familiares, con su mundo relacional y con su socialización educativa. O sea que esa identidad se despliega y se construye en donde viven. Esto lo podemos entrever en la afirmación de que “Yo me siento vasco porque soy vasco y porque he nacido aquí”. Y es que ser vasco en Navarra no es igual a ser guipuzcoano o vizcaíno ¿Y por qué tendría que ser esto así, digo yo? Ese sentimiento de ser vasco se entiende desde aquí, desde la propia Navarra.

Para los navarristas, en cambio, ese sentimiento no es genuino, sino confeccionado en tanto que *viene de fuera* de Navarra, con lo que estamos de nuevo ante una seria divergencia. Una división que nada ejemplifica mejor que un tratamiento sociocultural de la vasquidad trazada siempre desde la contención, desde el control y desde el desgaste programado. Pero la brecha no se cierra, sino que aún se abre más cuando a no pocos vasquistas, utilizando la misma lógica, les cuesta admitir que haya gente que afirme, por ejemplo: “Yo no reniego de mis antepasados, pero yo ahora soy navarro y no vasco”, por aplicar fíjense Uds. la misma lógica de que “cada uno es como es”.

TERRITORIOS QUE DEFINEN MEJOR EL PAÍS VASCO SEGÚN SENTIMIENTOS IDENTITARIOS EN NAVARRA (%)



Con esto se cierra este curioso círculo repleto de exclusividad, en donde se nos presenta esa impresión tan desapacible que surge cuando te llaman y consideran lo que no eres. El problema se hace más vivo cuando desde un lado o desde los dos, se forman las versiones más cerradas, menos abiertas y fluidas. Cuando esto sucede y, tristemente, no pocas veces

sucede, las relaciones entre estos dos grupos de identidad son de máxima suspicacia, de desconfianza, a veces incluso de máximo reto. Para los navarristas estamos ante un caso claro de impostura y usurpación; y para los vasquistas estamos ante un caso no menos claro de asimilación y segregación. Una y otra vez se insisten en las diferencias y en evitar unas aproximaciones siempre sentidas como lejanas. Una buena ocasión para sacar pecho de estatus, desplegando estrategias de cierre social en las que se imponen los ejes: nosotros/ellos, dentro/fuera, auténtico/inauténtico. En ellos, los miembros de un grupo de pertenencia se sienten no ya distintos sino superiores y mejores que los del grupo de no pertenencia. Esto es lo que hace que un comportamiento adecuado para mi grupo se califica al mismo tiempo como un comportamiento inaceptable para el otro grupo. Estamos, entonces, ante un proceso de conversión de las "virtudes de un grupo" en "defectos del otro grupo". Cuando esto ocurre, cuando estas divisiones se instalan y alientan una y otra vez, no se (a)mejora Navarra sino que se nos evapora esa

cultura cívica que muchos asociamos con *la buena sociedad* que tanto navarristas como vasquistas nos merecemos.

Antes de terminar, es bueno recordar que con sentirse vasco-navarro nada se hace (ni se debe hacer, ¡jojo!) que sea racionalmente indefendible desde una cultura cívica. El pluralismo de identidades persistirá durante muchos, muchos años, ya que la pugna entre estas identidades no las debilitará sino al revés, así que no queda otra salida que comprometernos a encontrar los términos bajo los cuales mejoremos nuestras relaciones. Las marcas de este itinerario son las que nos llevan por una Navarra plural, pero también por una Navarra compartida en donde ambos grupos se respeten mutuamente unos a otros y también se reconozcan en sus diferencias. Compartir la querencia a Navarra, no significa, por supuesto, tener las mismas ideas y prácticas políticas, ni negarse a sí mismos, y menos aún renunciar a los proyectos de cada uno. Pero sí significa comprometerse a encontrar términos bajo los que estemos de acuerdo en vivir juntos. En la medida en que tengamos éxito en esto, cada uno de los grupos de identidad sentirá que está recibiendo un trato justo y sabrá que no va haber ni vencedor ni vencido a largo plazo. Los sueños de unos no deberían ser las pesadillas de los otros. La pretensión de hacer valer los valores más deseados no puede suponer la asimilación, la neutralización, la injuria y aún menos la eliminación de los otros. Tampoco, claro está, la supresión de sus proyectos de identidad social.

CONDICIONES MÁS IMPORTANTES PARA CONSIDERARSE VASCO SEGÚN SENTIMIENTOS IDENTITARIOS EN NAVARRA (%)

